

diosa por ciertos lados, grotesca por otros..., y luego, el día siguiente, se toman los libros de poetas, de filósofos, de historiadores dirigidos al Idolatrado, y se descargan en el pretil...

Lo cierto es que el Pobre no tiene jamás mucha suerte con el Judío, el Filántropo y el Francmason.

Luego que un prefecto de policía se instala en el cuartel de la Cité, su primer cuidado es tomar providencias contra los mendigos. Lozé no ha faltado á la costumbre y recuerdo que con tal motivo, el protestante Monod, de quien hemos tenido ocasion de ocuparnos, comunicó una especie de estadística á personas que se habian reunido en la Asistencia pública. Tenia yo este documento sobre mi mesa en mi jardín, pero mi gato me lo destrozó divirtiéndose con él, y, á fe mía, tan poco interesante me pareció, que no lo hice buscar.

De él resultaba, segun mis recuerdos, que, en ocho meses un filántropo habia tomado 727 mendigos válidos y que les habia ofrecido una carta para entrar en un taller. 415 no se presentaron á recoger la carta; los demás se presentaron, fueron un dia al taller, y al siguiente ya no volvieron; en una palabra: al fin de semana ya no habia sino la mitad de un pobre que trabajara.

¿Qué prueba esto? Que aquellos hombres tenian la vocacion de ser mendigos, como Gragnon, el predecesor de Lazé, tenia la vocacion de robar documentos en el expediente de los acusados.

Cierto que se me puede contestar que el trabajo está impuesto al hombre por la ley de Dios; lo confieso, pero, ¿cuántos de entre aquellos á quienes no espanta el trabajo, quisieran estar dos horas enteras, en invierno, debajo de una puerta cochera, tocando el acordeon, con un perro de aguas entre piernas?

Se supone que todos los que hacen este oficio tienen cincuenta millibras de renta y casas en todos los barrios de París. Creo que hay en esto alguna exageracion y no queda menos probado el hecho de que están debajo de una puerta cochera. En todo caso, la situacion es muy sencilla: ó son pobres y son interesados; ó son ricos, é imponiéndose una existencia tan ruda prueban que obedecen á una idea de la vida que les es peculiar y que corresponde á cierta funcion social.

Si las fiestas de caridad mundanas tan justamente reprendidas por la Iglesia y en las que jamás recibe nada el Pobre, no sirven sino para la exhibicion, son profundamente inmorales, la vista del Pobre, al contrario, es siempre sana. Debajo de una puerta cochera, ó encima de un puente, ya toque el clarinete ó el acordeon, ó que se contente diciendo: «Por favor un céntimo,» evangeliza siempre el mendigo, ofrece á las personas una ocasion para comenzar á santificarse.

El hombre que lucha contra la Pobreza se dice al pasar delante de uno: «Yo pudiera ser como él,» y es entonces más justo para con su Criador. El hombre duro se enternece á veces á pesar suyo; desafía el frio, hace un esfuerzo por sacar diez céntimos de su bolsillo, y quizás ese esfuerzo, quizás esos diez céntimos salvarán su alma.....

La sociedad de antaño comprendia el papel del Pobre y lo mostraba, mostrábalo peleando con el Mal Rico y se complacia, en las poesías populares, representándonos buenos movimientos en los afortunados de la tierra ante un primer pensamiento cruel.

En la antigua cancion picarda, son muy mal acogidos los Pobres en un principio cuando piden un pequeño sitio en el hogar.

Jésus-Christ s'habille en pauvre,

Faites-moi la charité!
Des miettes de votre table
Férons bien notre diner!

El Egoismo brutal es el primero que habla:

Les miettes de notre table,
Les chiens les mangeront bien;
Ils nous rapportent des lièvres,
Et vous ne rapportez rien.

La mujer, en aquel entonces, no se exhibía como ahora, no intervenía sino para ejercer una acción benéfica y dulce: la castellana ha escuchado la discusión, entreabre la ventanilla ogival de su aposento, y dice á los Pobres:

Ah! montez, montez, bons pauvres:
Comme ils montaient les degrés,
Trois beaux anges les éclairèrent.

Los Pobres tranquilizan á su huésped, algo turbada por esta aparición:

— Ah! ne craignez rien, madame,
C'est la lune qui paraît.

Por esta ingenua narración, se comprende perfectamente, cómo ha ido todo. Se comprende que los Pobres se han sentado y han comido. En las manifestaciones de la Filantropía moderna, jamás veis un hombre que os diga: «Caballero, yo he sido realmente víctima y he sido realmente socorrido.» En cambio, veis todos los Crouzet, todos los inventores de fiestas y de suscripciones, que no trabajan nunca, que no tienen otro oficio que organizar esos negocios,

instalados en tabernas á la moda con jóvenes muchachas de lo más notable.

Á veces, cuando el escándalo es mayúsculo, como para la fiesta de los *Coléricos*, de que hablé en la *France Juive*, interviene la Prefectura de Policía, solamente, empero, para reclamar su parte y declarar, luego de satisfecha, que todo estuvo en regla.

La preocupación de ocultar al verdadero Pobre, al Pobre de carne y hueso, es, por lo demás, una idea común á las sociedades protestantes y á las judías. En Inglaterra hubiesen metido á san Labre en un work-house. La Iglesia, al contrario, ha querido que el sér se renuncie que, en esta época de paganismo y sensualismo, había buscado la pobreza voluntaria en lo que tiene de más repugnante, fuera honrado en los altares; ha celebrado, en medio de todas las pompas, en el brillo de las luces y de las flores, la canonización del que vivió de los restos echados al estercolero.....

Los Gagnon y los Lozé os dirán que impidiendo la circulación de los Pobres en París y persiguiendo á los perros que no se ponen hidrofobos sino cuando se les ata, pues que en Constantinopla, donde andan sueltos, es desconocida la rabia, se preocupan por mantener el orden. Esto es falso, porque esos supuestos defensores del orden dejan la ciudad entregada á todas las prostitutas, á todos los rufianes, á todos los malandrines. En muchos barrios es imposible pasar á ciertas horas. En esto convendría poner orden; pero se guardan muy bien de hacerlo los prefectos de policía.

Ciertos libros, como los de Mazé, como el último tomo especialmente *Gibier de Saint-Lazare*, os revelan de vez en cuando, lo que hay en el fondo de este orden aparente. En ellos se ve lo que es esta ciudad, lo que son esos representantes de las clases directoras, esos funcionarios, esos sena-

dores, esos diputados republicanos cuyos nombres se adivinan, á pesar de las reservas del autor, y que á cada instante se encuentran envueltos en las aventuras más sucias.

Todavía no lo ha dicho todo Mazé. La Prefectura de Policía no es «una administración paternal,» según la expresión de un jefe de gabinete, sino que es una administración menestral y vela, á su modo, por la conservación de este mundo que cruje en todas partes; evita, cuanto puede, que los secretos de esta sociedad podrida hasta la médula lleguen al Pueblo.

Á despecho de la publicidad, ¡cuántas vergüenzas, cuántos dramas ahogados entre las paredes de un despacho de prefecto de policía!

Solo hácia las dos de la madrugada acaba París su jornada; entonces como en la pleamar, llega una última oleada, una oleada de lodo, aquella vez; la noche trae su último escándalo.

Un gran personaje, un hombre influyente, un gentleman de arrogante catadura pide se le lleve directamente ante el prefecto ó de su jefe de despacho. Es un secretario de embajada, como el que se sorprendió vestido de mujer en un coche con mozalvetes... Se rasga el proceso y el desgraciado se tira un pistoletazo en el mismo umbral del despacho del prefecto...

Un comisario corre fuera de sí, porque se le había mandado ir á registrar una casa donde tenían lugar innobles orgías y, en medio de las Bacantes, encontró á la misma esposa de uno de los gonfaloneros de la República...

Tócales después de este el turno á los amigos del gran manejador de dinero de Israel cuya historia nos ha contado Macé con palabras cubiertas. Tenía un pequeño retrete, reservado para él, en el palacio de una célebre alcahueta y estaba allí en larga conversacion con un diplomático extran-

gero, cuando murió embozado en un corpiño de raso color de cereza y enaguas blancas. Era necesario de toda necesidad salir de allí porque la prensa pudiera, el día siguiente, manifestar su pesar por una muerte causada por el exceso del trabajo y consagrar al difunto el tributo de sus homenajes.

A veces es un gran señor quien hace despertar al Prefecto y le apostrofa con altivez: «¡En verdad, caballero, que suceden raras cosas en este país! ¡Creeis que se ha tenido la audacia de detenerme en un banco! ¡Pase por esta vez pero que no se repita!»

El Prefecto se inclina y acompaña hasta la puerta al que acaba de hablarle de semejante modo, manifestándole su profundo pesar...

¿Qué hubiérais hecho? Quien se las pegaba tan fuertes era el representante de una nacion que se titula virtuosa entre todas. El hombre detenido en un banco llevaba la paz ó la guerra en los pliegues de su vestido algo estropeado por la mano de los agentes...

Las lámparas comienzan á palidecer. Los empleados de la guardia van á acostarse. Los borrachos beben su postrer cuartillo en las tabernas que aún están abiertas. Los rufianes se disputan con su *gorrista* con motivo de los ingresos de la noche. El día siguiente todos recobrarán el grande ademán de valentía acerca de la Moral y la Virtud.

Repito que no todo puede decirse. No lo han dicho todo ninguno de los observadores atentos de la vida presente, ninguno de los pintores del París contemporáneo, ni Máximo du Camp, ni Macé, ni Daudet, ni Goncourt ni Ignotus. En un punto está despertada vuestra curiosidad; vais á los que todo lo saben respecto del asunto en cuestion, y os dicen: «Esto os interesa, sé quién sois, estoy seguro de que no me nombraréis; hé aquí los pormenores más completos, pero no podréis serviros de ellos.»

«El Arte es un sacerdocio» no es esto una frase ridícula, antes verdaderamente cierta. El Arte impone ciertos deberes, tolera cierta euritmia, de la que no puede excederse so pena de estar fuera del Arte...

A veces he soñado que me perseguían 25 personas á la vez, que tenia causas pendientes en todos los Tribunales, que me veía obligado á retirarme á Suiza, y, en lugar de atenerme para el caso al documento de cajon, á lo que consta en la discusion pública ó en la conversacion corriente, escribír con mis notas, con lo que cuentan acerca de los judíos los que viven con ellos, un libro absolutamente verdadero. Esto es muy difícil sin salir del Arte. Esta es la tarea de los que escriben memorias secretas acerca de estos tiempos, mientras están en paz con todos, y Dios sabe si hay personas que se dedican á ese trabajo en estos momentos y dicen para sí: «Yo habré vivido toda mi vida en el convenio y la mentira, pero hablaré después de mi muerte.»



III.

EL SURSUM CORDA ACADÉMICO.

La fe de los sencillos.—La oracion del niño.—El pequeño Bidouze.—El amor de Dios.—La Señorita Obligatoria aporreada.—La Señorita Obligatoria cargada de honores.—Greard en la Academia francesa.—Los juegos escénicos.—El entierro de Greard.—Lo que se piensa en un ataud.—Julio Simon y la guantera.—La risa de Daudet.—El verdadero *Sursum Corda*.

Entre nuestra Sociedad fundada en la impostura, se encuentra la sinceridad en el alma de los Sencillos. No están en la mentira, pero, realmente teniendo un corazón ingenuo y verídico, creen, aman, sufren; están verdaderamente convenidos de que Jesucristo murió por los hombres y sacrifican algo al deseo de estar reunidos con él en el cielo.

Siempre es tierna la lucha de las mujeres pobres á quienes se molesta para poner á sus hijos en los laicos. El *Soleil du Midi* nos ha mostrado á una de estas madres animosas á quien se ofrecía, no solamente los chismes escolares para su hijo, sino también una zamarra. Sin duda que esto tentó á la plebeya; pensó quizás todo el día en que su hijo estaría muy abrigado con la tal zamarra y también en la alegría de tener una zamarra dada por el Estado, pero se negó. Para la historia de esta época, es interesante, muy interesante esto.

Entre los jefes del partido conservador no veo muchos que fueran capaces de un esfuerzo equivalente al realizado